

ALONS OVAL E 846 - DEPTO. 202
FONO 315133 - FAX 336183
SANTIAGO - CENTRO

- 9 MAR 1991

¿Conocemos la verdad? ¿Cómo sanamos la herida?

2/3

Por Sebastián Piñera, senador

Hace pocos días, en un discurso emotivo, equilibrado y bien intencionado, el Presidente Aylwin dio a conocer al país el contenido del informe Rettig sobre las violaciones a los derechos humanos en Chile. Ahora el país debe reflexionar con honestidad, coraje y buena voluntad, de forma de sacar lecciones útiles respecto del pasado y orientaciones fructíferas para el futuro.



Las violaciones a los derechos humanos debemos analizarlas desde tres puntos de vista. Moral: ninguna circunstancia, por extrema que sea, justifica las violaciones a los derechos humanos, pues ellas constituyen una aberrante e inhumana agresión a la dignidad esencial de todo hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Jurídico: esta dolorosa situación debe ser enfrentada por los Tribunales de Justicia, de acuerdo con la legislación vigente. Y político: esta herida abierta y dolorosa que afecta a la sociedad chilena debemos enfrentarla con valentía, generosidad de alma y sentido de futuro.

ADIOS A LA GUERRA: VIVA LA PAZ

Estamos recién superando un período de más de dos décadas de un clima enrarecido de guerra, violencia, odiosidad, intolerancia, descalificación e incapacidad de diálogo y acuerdo, que transformó en enemigos irreconciliables, y no sólo adversarios, a los chilenos que pensaban distinto. Chile está definitivamente cansado de la guerra y anhela profundamente la paz. Pero esta paz no debe tener pies de barro, sino que, como dice la Biblia, debe ser construida sobre roca. Por esta razón creo que la paz debe fundarse sobre la verdad y la justicia. Nada sacamos con esconder la cabeza como el avestruz. Las heridas no sanan ignorándolas o tapándolas. Al revés, se agravan. Tampoco sanan hurgando permanentemente en ellas hasta transformarlas en una gangrena, que termina corrompiendo el cuerpo entero. Las heridas sanan abriéndolas, limpiándolas y dándoles en forma leal y con buena voluntad una oportunidad digna de cicatrizar.

Ninguna solución dejará plena y simultáneamente satisfechas a todas las personas y todos los valores. Debemos tener el coraje y la humildad para no incurrir en los absolutismos del "todo o nada". Creo que no habrá verdadera paz y reconciliación sin un esfuerzo profundo por buscar la verdad y la justicia. Pero con la misma convicción creo que tampoco habrá verdadera paz y reconciliación sin una voluntad generosa de perdón. Y al hablar de perdón no estamos hablando de nuevas amnistías, ni de impunidad, ni de palabras huecas. En el

sacramento del perdón se establecen tres condiciones para que éste sea auténtico. Primero: arrepentimiento. Todos tenemos mucho de qué arrepentirnos y, sin embargo, nos cuesta tanto reconocerlo. Unos por haber contribuido a la destrucción de la democracia en Chile. ¿Quién puede negar hoy día que la introducción y legitimación de la violencia como instrumento de lucha política hecha por la izquierda en los años 60, o la hegemonía y muchas veces soberbia de la DC durante su gobierno, o el intento de la Unidad Popular de transformar a Chile en un Estado socialista marxista, violentando sin contemplaciones la idiosincrasia, principios y espíritu de la mayoría de los chilenos fueron golpes mortales contra la democracia? Otros por haber contribuido directa o indirectamente a la violación de los derechos humanos. ¿Quién puede negar hoy día que los graves, crueles y sistemáticos atropellos a los derechos humanos cometidos por la Dina, CNI y otros organismos de seguridad durante el Gobierno militar constituyen una práctica absolutamente inaceptable en una sociedad civilizada? Por otra parte, ¿quién puede negar que el Poder Judicial, al no actuar con la suficiente energía y decisión, o la centroderecha, al no levantar con la suficiente fortaleza y coraje su voz contra estos atropellos, cometieron una significativa y dolorosa omisión? Segundo: voluntad de reparar el daño causado. La sociedad entera tiene una deuda con las víctimas de la represión y el terrorismo, y constituye un imperativo moral contribuir con nuestro mejor esfuerzo a reparar el dolor y sufrimiento causados.

EL DESAFIO DEL FUTURO

Pero existe una tercera condición: firme propósito de enmendar. Todos tenemos mucho que mejorar: debemos educar a la juventud en los valores del cariño y respeto irrestricto a la dignidad de la persona humana, la libertad, la democracia, la justicia, la tolerancia, el pluralismo y la paz. Debemos restablecer una relación fructífera y respetuosa entre el mundo civil y el mundo militar, de acuerdo con los principios fundamentales de la democracia y el significado e importancia del rol de las Fuerzas Armadas. Debemos consolidar una democracia moderna y renovada, que respete la libertad y privilegie la participación de las personas. Debemos fortalecer un orden económico-social, que compatibilice la libertad con la justicia y que nos permita derrotar la pobreza, superar el subdesarrollo y proteger la naturaleza. Y, por sobre todo, debemos ser capaces de construir un país fundado en sólidos valores éticos y morales para impedir que, junto con el retiro de la pobreza material, se extiendan las enfermedades de la riqueza, como la destrucción de la familia, el materialismo, la drogadicción, la soledad, la desesperanza y tantas otras que, a veces, son peores que las enfermedades de la pobreza.

Para algunos estas ideas son sólo un sueño. Tienen razón. Es nuestro sueño y el de la inmensa mayoría de los chilenos.

"Las opiniones vertidas por los columnistas son de su exclusiva res"